

POR EL MUNDO DE LOS LIBROS

AGUSTÍN YÁÑEZ, *Al filo del agua*. Novela. Ilustraciones de Julio Prieto.—Editorial Porrúa, S. A. México, 1947.

En el ensayo, en la novela, en cuanto coto literario da paso su curiosidad, Agustín Yáñez ha mostrado un empeño indeclinable por rescatar la esencia última de lo mexicano. Ello explica que su voluntad creadora —eso que los melancólicos bardos de antier llamaban *inspiración*— acuda en cada vez a la fuente rusticana y sincera de la provincia, que tiene por latitud la extensión toda de la república, y donde ni en el tiempo pasado, ni al presente, el hibridismo de la capital ha tenido la fuerza de penetración necesaria para transformar unos hábitos peculiares de vivir, trabajar, amar y morir. A fuerza de idas y venidas a ese venero de legítima humanidad —de donde él procede, además—, Yáñez encarna hoy por hoy una de las conciencias mexicanas mejor arraigadas a su suelo.

Por eso puede lanzarse al desplante —él, tan relativamente joven en re-

lación con los sucesos— de recomponer con minucia literaria y emotiva, con matices alternados de fuerza y delicadeza, la vida cotidiana de un pueblo cualquiera de la región de Los Altos, en la época inmediatamente anterior a la convulsión revolucionaria de 1910.

Al titular el prólogo "Acto preparatorio", ya el autor aparece envuelto en la atmósfera que va a resucitar. Ese "acto" sugiere una recapitulación previa, tocada de infuso misticismo, de los factores de sordidez, hipocresía y mediocridad que han de tocarnos las aristas del alma durante la aventura de leer. El perfil del pueblo donde en seguida presenciaremos el hervor de las pasiones, trazado por Yáñez, es un resumen casi genérico, y en gran parte válido hasta el día, de esa existencia estéril que arrastran miles de aldeas mexicanas que sólo respiran automáticamente, sin un estímulo donde brille la luz del espíritu y la acción. Se siente uno deprimido ante estrechez tal, e ineludiblemente surge en la memoria la receta que apuntaba, allá por 1903, el "peregrino señor" Antonio Azorín: "Bastaría abrir las puertas y dejar entrar el sol, salir, viajar, gritar, chapuzarse en agua fresca, correr, saltar, comer grandes trozos de carne, para que esta tristeza se acabase."

El primer capítulo confirma el presagio del prólogo. La duermevela de don Timoteo, seguida del sueño agitadoísimo que convocó los fantasmas de tantos deseos fallidos cuya realización contiene el muro del bien parecer y la simulación inhumana característica del pueblo, dan ocasión a Yáñez para instrumentar un contrapunto de sensaciones antagónicas descritas con certeros recursos oníricos.

De ahí en adelante, nos gana el presentimiento de que el limpio río del amor no ha de correr por los cauces debidos; de que los arrestos de nobleza se encenderán un instante para frustrarse en ceniza; de que cada mandato normal de la sangre será acallado por la colectiva voluntad de aplastamiento de todo aquello que hace vibrar los días del hombre. Pronto siente el lector que se ahoga ante la aridez uniforme de las conciencias, determinada por la solidaridad de los vecinos en el encierro, el temor y la deformación de un dogma religioso que, aspirando decididamente a la luz, se ejercita entre sombras de paredes y de almas.

El autor presenta, como una reivindicación de los fueros de la ternu-

ra, un episodio idílico entre una mujer colmada de dones y distinción, que va de paseo al pueblo por una temporada, y un adolescente con alas, soñador —el campanero—, que, sirviéndose de su no cultivada aptitud para la música, sabe transmitir a los bronce, a voluntad, el desbordamiento o el arrullo de su pasión sin voz por la mujer que escucha el tumulto de las campanas y comprende. No es aquella planicie el terreno adecuado para que brote la flor suprema del vivir: encono y calumnia despejan el campo. Aquí no hay tregua. Ni redención.

Marta y María, las sobrinas del cura, aunque caracterizadas de manera obvia conforme al bíblico patrón, son las siluetas que animan con justos arranques humanos este retablo desolador. Fiel cada, una al destino que el novelista quiso conferirles, transitan por las páginas con sus sentimientos —apacible recato, impaciencia bullente de vivir— al natural.

Hay otras muchas escenas y figuras que Yáñez sabe animar con pulso viril. Así, por ejemplo, los *norteños*, "los que fueron a Estados Unidos", quienes, ganados de un infantil descastamiento, al retornar al pueblo desquician con sus costumbres e indumentaria la calma ancestral; los contertulios del mentidero imprescindible —"La Flor de Mayo"—, donde el rápido cierre observado de un postigo cualquiera da pasto a inducciones desorbitadas, que irán creciendo con los días; la "loca" de Micaela Rodríguez, muchacha desenvuelta cuyas redondeces presiden, en monopolio de lascivia, los sueños masculinos, y el arriscado Damián Limón, prototipo del héroe cuyas hazañas han de rodar por montañas, villorrios y ciudades, transmitidas en las guitarras y listones del *corrido*...

A lo largo de 400 páginas bien nutridas de texto, Agustín Yáñez agota la crónica de este pueblo enemigo del sol y la sonrisa. No le arredra —y debemos alabárselo— incurrir en lo pueril, subrayar con insistencia el matiz de un detalle, prodigar los latines mnemotécnicos que en una comunidad así interfieren hasta en lo cotidiano de la esfera civil. Es ese amon-tonamiento de sutiles observaciones lo que mejor dibuja el contorno y la atmósfera. Y además, cuando la corriente narrativa le depara una coyuntura propicia, ha sabido escribir páginas llenas de intensidad y belleza.

Imposible sería cerrar esta apresurada reseña sin destacar la colaboración que Julio Prieto ha dispensado al novelista. Sus numerosos grabados, viñetas y letras capitales desbordan imaginación poética y bien atemperada malicia, indistintamente. Todas ellas, junto con las que realizó para el libro *Moctezuma, el de la silla de oro*, de Francisco Monterde, son lo-

gros que pueden estimarse culminantes de su indiscutible aptitud para esta rama de la plástica editorial.

Antonio ACEVEDO ESCOBEDO

GONZÁLEZ DE MENDOZA, J. M., *Las etapas del hombre (Papeles del archivo sobre el Vate Frías)*.—Editorial "Beatriz de Silva".—México, 1946.

José D. Frías (la D. quería decir Darío, según advirtió en uno de sus instantes risueños) fué un poeta que nació y murió en tierra mexicana (1890-1936), pero que amó con delirio extrahumano la Poesía y sufrió como pocos han sufrido. Su breve obra quedó compendiada en *Versos escogidos* (1933) y en tres opúsculos: *A Darío* (1916), *Bajo el clamor de las sirenas* y la *Antología de jóvenes poetas mexicanos* que publicó en París asociado a Guillermo Jiménez (1922). Escribió en varios periódicos, hizo cuatro viajes a Europa, fué profesor supernumerario de literatura general; corrector de estilo, jefe de publicaciones en la Secretaría de Educación, adscrito a la Legación en Francia; pero, sobre todo, un poeta que conocía su oficio —el más peligroso de todos— y que no ha de morir mientras haya lectores de Poesía, que sepan entenderla.

Uno de los amigos más leales que tuvo Frías se llama J. M. González de Mendoza, quien ha dado a cono-

LIBRERÍA CESAR CICERON

Seminario, 10 Apartado 7758
MEXICO, D. F.

ESPECIALIDAD EN OBRAS
DE MEDICINA

Sean para Texto o Consulta

TEXTOS ESCOLARES DE TODAS
CLASES - NOVELAS - POESIA -
FILOSOFIA - LITERATURA IN-
FANTIL - OCULTISMO - NATU-
RISMO, ETC., ETC.

OBRAS TECNICAS - MANUALES
DE ARTES Y OFICIOS

UN NEGOCIO CULTURAL PUES-
TO AL SERVICIO DEL PUEBLO

Atención especial por Express,
C. O. D. o Correo Reembolso,
a pedidos foráneos

Pida Lista de Precios y
Descuento de Mayoreo

Nuestra Organización le garan-
tiza un máximo de ventajas
y seguridades

LIBROS DE TEXTO

PARA ESTUDIANTES
DE UNIVERSIDADES
Y ESCUELAS TECNICAS

Grandes existencias en su versión
original inglesa sobre:

ARQUITECTURA

ASTRONOMIA

ELECTRICIDAD

FISICA

GEOLOGIA

MATEMATICAS EN GENERAL

MINERALOGIA

QUIMICA

Visítenos personalmente
o pídalos a

AXEL MORIEL,
SUCRS.

San Juan de Letrán 24,

Desp. 116.

Edificio Cook.

Apartado 2762

MEXICO, D. F.